

PATRICIA DÍAZ ROJAS CAUTIVADA POR LA VIDA ORIENTAL

Por la ruta de la Muralla China

Me llamo Patricia Díaz, pero al otro extremo del mundo me rebautizaron como "Luoxiaohua"

Nací el 7 de julio de 1973 en Antofagasta. Realicé mi enseñanza básica en el colegio Yugoslavo y la media en el colegio Antofagasta.

Me titulé de diseñadora gráfica publicitaria en la Universidad de Antofagasta. Siempre con el sueño de "conocer el mundo", pero simplemente como turista. Mis primeros pasos fuera de Chile, fueron en Tacna (...) y en el verano del año 2003 realicé un viaje de madres e hijas a Cancún, México. Pero el viaje de mis sueños, el que me iniciaría como "Patipero" se concretaría meses después...

Mi papá se llama Sergio Díaz y mi mamá Patricia Rojas Ly-Kao. Soy bisnieta de un inmigrante chino, por ello desde los 11 años he participado en el Centro Social y Cultural Cheng Ning Hui, que agrupa a descendientes de chinos llegados a principios del siglo XX.

A finales de junio del año 2003, el embajador de la República Popular China y su comitiva vino a inaugurar una exposición de artesanías y fotografías en la Casa de la Cultura. Le causamos una grata impresión por la organización del evento, la presentación del grupo de baile y la fraternidad de nuestros numerosos socios. Entonces, como estímulo para seguir en la difusión de la cultura china, gestioné de modo excepcional una beca para estudiar el idioma chino por dos años en la Universidad de Lenguas y Cultura de Beijing.

El 1 de septiembre, ya estaba en una sala frente al profesor Wang y en medio de compañeros provenientes de Estados Unidos, Polonia, Portugal, Finlandia, Argentina, Francia, Serbia, por mencionar algunos países.

Los chinos, en general, no distan mucho de los chilenos al momento de simpatizar con un extranjero. Pero sin duda, la aventura más surrealista la viví a tres semanas de mi llegada a Beijing. Junto a otra estudiante chilena novata, nos invitaron a la Opera China en la ciudad de Nantong, aceptamos gustosas por la oportunidad de ver el espectáculo y por visitar otra ciudad. Puntualmente en la oficina de artes, aparece una profesora que nos entrega unas hojas



Junto a sus nuevas amistades en China.



Patricia junto a su novio Torben.

escritas en chino, nos conmina ponernos de pie y realizar ejercicios de respiración. No lo podía creer, las cantantes seríamos nosotras. No hablábamos chino, ni la profesora hablaba inglés. ¿Cómo podíamos explicarles nuestra confusión?

En las siguientes dos semanas memorizamos la canción, aprendimos los movimientos sutiles de los ojos, manejar el abanico y caminar con pasitos cortos. Volamos a Nantong, y en el teatro nos recibieron como grandes artistas, nos entrevistaron periodistas de la radio. No importaba que les hablara en español, después ellos traducirían, me dijeron. Firmamos autógrafos a niños aficionados a la ópera y nos tomamos un sinnúmero de fotografías con los artistas adultos.

Otra chilena más, se unió y al mes siguiente,



La Navidad lejos de Antofagasta.

aparecimos en un programa de TV en Beijing. Y yo ni siquiera sabía de qué se trataba la canción. Increíble.

En las vacaciones de invierno, escapé del gélido Beijing al cálido invierno de Tailandia. Otra tierra maravillosa no sólo por sus playas idílicas y exquisita gastronomía, sino que la gente es exageradamente amable con los turistas. Pero los que se ganaron mi corazón fueron los elefantes tailandeses que jugaban fútbol y otros que pintaban flores.

Al año siguiente, en una clase extraprogramática de Tai Qi Quan, conocí a Torben, mi pololo alemán. Después de casi tres meses juntos, él regresó a su país a terminar su postgrado. Pero seguimos enamorados y el contacto no se perdió.



Patricia en su paso por Tailandia.

Al cabo de un año exacto nos reencontramos en su tierra natal. Conocí a su familia y amigos, e iniciamos un viaje por el sur de Alemania. Pero la bitácora de viaje y entusiasmo nos llevó hasta Roma y Madrid. En esta ciudad me reuní con mi hermano Sergio. Ambos seguimos viajando durante los siguientes dos meses por Barcelona, Girona y China, pues también era su sueño viajar hasta allá.

El viaje con mi hermano fue la prueba de fuego para saber cuánto chino aprendí. Había que "aperrar" con el idioma en la mayoría de las ciudades que conocimos.

Desde entonces a la fecha, he regresado en tres ocasiones a Hamburgo, Alemania. Pero no sólo como una simple turista, sino que aproveché mi tiempo tomando un curso de alemán en cada oportunidad.

SATISFACCION

En Hamburgo conocí a un grupo de mujeres latinas que formaron la agrupación de inmigrantes "Abriendo espacios". Ellas son mis nuevas amigas. Estando en otro país, pude apreciar las bondades del clima de nuestra ciudad. En China conocí verdaderamente las cuatro estaciones del año. Lo que más extraño de Antofagasta es el cielo azul.

tyta07@yahoo.com



La transformación para la ópera.



Patiperos